

## POLITICA, RELIGION E INTELLECTUALES EN EL CARIBE COLOMBIANO DURANTE LA REGENERACION (1886-1899)

Sergio Paolo Solano D.<sup>1</sup>

*Entre otras interpretaciones a la Regeneración podemos entenderla a través de sus cuatro grandes propósitos: una preocupación por despolitizar, o más exactamente desliberalizar a la mayoría de la población, desarrollar una alianza entre Estado e iglesia con el fin de catolizar la vida pública (recuperación por parte de la iglesia del espacio institucional perdido durante el período liberal radical y fundamentar el proyecto de unidad nacional a través de los mecanismos de coerción y autoconstricción de este dogma religioso), apertura de espacios para que la élite participara en la vida política e institucional local de la que hasta cierto punto se había mantenido excluida durante el período liberal radical y por último, al viejo modelo agroexportador se le sumó una mayor insistencia en el impulso al desarrollo agroindustrial, apareciendo la economía fabril urbana como un objetivo cada vez más creciente en los planes de modernización económica.*

*No pretendemos analizar estos objetivos, por lo que nos centraremos en algunas de sus*

*consecuencias correlativas, incursionando en el estudio de las relaciones puntuales entre el modelo de desarrollo regenerador y el ejercicio de ciertas actividades intelectuales, en especial algunos aspectos de la actividad literaria. Para esto tomaremos como punto de partida el considerar que el tránsito del modelo liberal al conservador durante el último cuarto del siglo XIX de cierta forma refleja, además de las discusiones sobre proyectos de desarrollo económico o políticos-institucionales, maneras distintas de concebir al hombre en sus relaciones con la sociedad, las instituciones, el conocimiento y lo sagrado. En términos diferentes, ambos proyectos políticos representaron, aunque de manera parcial y no sistemática, programas culturales diseñados con el fin de intentar generar una segunda naturaleza humana acorde con lo que conciben como la civilización o la sociedad deseable. Creemos que este es un indicador óptimo pues la concepción que cualquier proyecto político tiene acerca del hombre a construir se refleja de manera directa en el tratamiento que le da a los intelectuales.*

*Para los regeneradores existía una relación directa entre el desorden generalizado y algunas expresiones de la vida intelectual, y por diferentes vías terminaron viendo en el*

<sup>1</sup> Profesor asociado, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Cartagena.

liberalismo radical la causa de aquél. Consideraban que la divulgación de esa doctrina en un medio social tan estrecho y que acusaba supuestos rasgos de «primitivismo» como el colombiano de finales del siglo XIX, había desatado fuerzas sociales y políticas difíciles de someter sino se controlaban los epicentros desde donde se difundía. En la percepción de los regeneradores, esa divulgación por medio de procesos simbólicos penetraba en la conciencia de la gente común y corriente, y terminaba reforzando las conductas disipadas, consideradas el principal obstáculo para el establecimiento del orden deseado.

Al depender el orden a alcanzar de la erradicación de la cultura política dominante durante el liberalismo radical, conllevó a que la posición de los regeneradores frente a cualquier expresión cultural siempre estuviera mediatizada por la actitud política militante, lo que implicó una especie de selectividad en las áreas culturales sobre la que operaron. Verbigracia, ellos sabían del poder subversivo de los aforismos y apotegmas así como de las leyendas que se colocaron en los retratos de los prohombres del liberalismo emplazados en la sala de reuniones de la Asamblea Departamental de Bolívar, por lo que ordenaron suprimir esas leyendas.<sup>2</sup> También

frente a las expresiones de la cultura popular fueron selectivos y la reforma y actualización del Código de Policía efectuado en 1892 y algunas campañas de divulgación por medio de la prensa que buscaba que el común de las personas modificara ciertos comportamientos en los espacios públicos, los que comenzaron a construirse, no sin conflictos, como espacios de la élite y de las acciones gubernamentales. Los controles represivos sobre la prensa también es indicativo de esa selectividad política con que operaron los regeneradores frente a la cultura. Muchas ediciones de los años de 1892 a 1894 del Registro de Bolívar, órgano oficial del departamento, está lleno de censura a periódicos no solamente por incitar a la rebelión abierta sino también por todo aquello que al parecer de los gobernantes dejara entrever análisis que colocaran en entredicho las políticas oficiales.

Quizás estemos señalando un comportamiento de carácter nacional, más sin embargo, lo que queremos analizar son las especificidades de los controles desarrollados por los regeneradores costeños para hacerle frente a los grupos intelectuales disidentes. Nótese que hablamos de los regeneradores y no de Núñez en persona, pues consideramos que uno de los problemas presente en todas las biografías escritas sobre este personaje es el verlo por fuera del contexto del grupo que le acompañó en su proyecto político. Además, en el plano estrictamente biográfico es imprescindible analizar a Núñez en campos que estén más allá de sus propuestas económicas y políticas, para ir armando un cuadro más ajustado a la realidad histórica, cuadro que permite ensamblar sus actuaciones y posiciones en cualquier área de la cultura con las de sus seguidores. En efecto, muerto Núñez la hegemonía política en el Bolívar grande (actuales departamento de Atlántico, Sucre, Córdoba y Bolívar actual) la mantuvo Joaquín

2 La Asamblea Legislativa del Estado de Bolívar en 1872 promulgó la ley 20 que ordenaba colocar un retrato del profesor Manuel del C. Pareja con una leyenda que rezaba: «... a la memoria del incansable obrero de la instrucción popular, ciudadano...». La ley 27 de 1871 consagró otro retrato al instructor Antonio Benedetti con una leyenda que decía: «... infatigable obrero de la civilización...». La ley 13 de 1868 dedicó un retrato a Tomás C. de Mosquera cuya leyenda expresaba: «... al soldado de la independencia, defensor de los fueros federales y de la soberanía de los Estados, ...». La ley 7 de 1866 dedicó retrato a Juan J. Nieto cuya leyenda rezaba: «... al incontrastable republicano...». Pues bien, la Ordenanza N° 6 de 1890 obligó a suprimir esas y otras leyendas. Ver: Ordenanzas y Resoluciones expedidas por la Asamblea Departamental de Bolívar en sus sesiones ordinarias de 1890. Cartagena, Tip. de A. Araújo, 1891.

F. Vélez y sus seguidores (Manuel Dávila Flórez, Abel de Irisarri y otros)<sup>3</sup>, y fueron estos personajes quienes esbozaron los elementos de un proyecto cultural oficial, aunque fuese una especie de reflexión tardía, elaborada de forma orgánica en algunas obras que publicaron en los inicios del siglo XX.

### 1. Despolitización de la Cultura Popular

A los regeneradores el desorden popular les preocupaba notablemente. La usual idea de que era una manifestación del estadio de la infancia del orden social, se le sumo la condena por ser conductas pecaminosas las que requerían, para su desaparición, del esfuerzo y del ejemplo dado por los notables a quienes se les exigía practicar la moral católica<sup>4</sup>. No obstante, las actitudes de éstos frente a la cultura popular refleja ausencias de actitudes sistemáticas frente al desorden, se acude a discursos que poco se diferencian de los emitidos en las postrimerías de la colonia y durante el decenio de 1840, se abandona el optimismo con el que los liberales veían a la

educación como vehículo para lograr ingresar a la «civilización». Esa ausencia dependió de las circunstancias políticas heredadas del período liberal radical: el «desorden generalizado» que alcanzaba su máxima expresión en el campo de la política, obligó a que los mecanismos de control social hicieran mayor énfasis en lo político que en lo social y otras expresiones de la cultura. Controlar la vida política de la población en general y la vida intelectual congénita a ella, la que difundía ideas que alimentaban conductas consideradas «disipadas», exigió intentar acabar con ciertas expresiones del desorden, tales como la vida disoluta en los espacios públicos urbanos, vistos como secuela de una forma de hacer y de vivir la política que conllevaba a que las personas estuvieran conscientes de sus derechos más no de sus deberes. En 1881 J. F. Vélez anotaba, para el caso de la enseñanza en los colegios públicos que si seguían bajo la dirección de profesores:

“... que inventan aforismos políticos inmorales, y que escandalizan a la sociedad con perniciosos ejemplos, no hay que extrañar el desorden a que más tarde se entregarán, sin duda, las generaciones educadas bajo singulares maestros. La falta absoluta de disciplina, la sedición, los escándalos de todo género, hasta los atentados contra la propia y la ajena vida, serán siempre las palpables muestras de incapacidad moral y aun intelectual, de los que dirigen inmediatamente la obra imponderable de la educación de la juventud”<sup>5</sup>.

Otros personajes menores de la regeneración también expresaron parecidas ideas; uno de ellos afirmaba en 1893 que:

3 Algunas informaciones sobre el pensamiento y actitudes de los regeneradores cartageneros pueden leerse en: Vélez Racero, Pedro, *Poesías*. Bogotá, Ed. Cromos, 1934, especialmente el prólogo escrito por sus sobrinos José y Fernando de la Vega. Pp. 7 y ss. Sobre las ideas de los personajes más conspicuos de este círculo ver: *Corona Fúnebre de Joaquín F. Vélez*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1908, texto que compila una serie de artículos de y sobre este personaje. Una semblanza biográfica del mismo en: VEGA, Fernando de la. *De Bolívar A. Concha*. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1952. También ver el pensamiento de Dávila Flórez, Manuel. *Catolicismo y Protestantismo comparados de manera epistolar*. Roma, Talleres Tipográficos Salesianos, 1924. Para algunos aspectos doctrinales de un intelectual que recibió la influencia de algunos regeneradores ver: VEGA, Fernando de la. *En el Aula*. Cartagena, Dirección de Educación Pública-Extensión Cultural, 1943. También ver: BRIOSCHI, Pedro Adán. *Veinticinco años de episcopado*. Cartagena, Tip. San Pedro Claver, 1924; de este mismo autor: *Un apóstol de dos continentes: Vida del excelentísimo señor Eugenio Biffi*. Cartagena, Ed. Bolívar, 1940. (1ª ed.: 1912).

4 Ver: González, Fernán. *Poderes enfrentados*. Santafé de Bogotá, Cinep, 1997.

5 *El Heraldo*. Cartagena, septiembre 25 de 1881. Inserto en *Corona fúnebre*. Salvo en caso que se mencione, los artículos de J. F. Vélez aquí citados provienen de esta fuente.

«El espíritu de libertad mal entendida, había calado de tal manera en las masas, que las tabernas vivían repletas día y noche y eran a menudo teatro de escenas sangrientas, o servían de centro donde se concertaban los más horribles crímenes».

Por otro lado un carpintero conservador también lo afirmaba al exponer ante la justicia su querrela con un amolador que le insultó, acusándolo de pronunciar:

«... amenazas de aquellas que a cualquier caballero le gritaba un granuja en los tiempos felizmente pasados en que la autoridad era un juguete».<sup>6</sup>

Una de las mayores preocupaciones que embargó a los regeneradores frente a la herencia liberal fue la vieja idea de la desobediencia civil y de la rebelión en caso de que un gobierno no realizara el principio del bien común. De origen escolástica pues se halla en la obra de Santo Tomás de Aquino, esta idea había pasado a nuestro medio a través de los pensadores españoles Mariana, Suárez y Victoria, constituyéndose en la base de rebeliones como la de Los Comuneros.<sup>7</sup> Por eso, detrás de muchas de las argumentaciones que validaban nuestras guerras civiles es posible encontrarla, aún en las argumentaciones jusnaturalistas del

liberalismo. Cuando leemos noticias referidas a varios alzamientos e intentos de asonadas como las de Barranquilla en 1866, y la de Cartagena en 1870 y el intento de rebelión en 1876, la vamos a encontrar manifiesta o latente. Por ejemplo, en las postrimerías de la guerra de 1866 un grupo armado comandado por Hipólito Jiménez se tomó a Barranquilla y depuso a las autoridades; Jiménez adujo que:

“... el y los que lo acompañaban no se propusieron otra cosa que procurar el bien de la población y deponer a las autoridades por haberse conducido de tal manera que habían producido un descontento general ... Sin duda creyó Jiménez... que dichas autoridades habían roto sus títulos de legitimidad y resolvió separarlas de sus puestos oficiales...”<sup>8</sup>

Los regeneradores sabían que en medio de una autoridad débil como la colombiana durante el siglo XIX, este principio podía convertirse en un elemento movilizador de la población. Cuando se leen las proclamas emitidas por los liberales durante las guerras de 1895 y la de los Mil Días (1899-1902), ese principio

6 Ver: Remitido y Un abuso, en: *El Porvenir*. Cartagena, agosto 31 y noviembre 24 de 1893. En 1910 la Sociedad de Artesanos de Cartagena, al lanzar listas propias al Concejo recordaba que bajo la regeneración se pensaba que durante el liberalismo radical esa corporación se transformó en “merienda de hojalateros” para referirse a la mayoría de artesanos que accedieron a ella. *El Caribe*. Cartagena, diciembre 23 de 1910.

7 Sobre el caso de Los Comuneros ver: Pelhan, John L. *El Pueblo y el Rey*. Bogotá, Carlos Valencia Eds., 1984. Sobre el impacto de estas ideas en la emancipación ver: Ocampo López, Javier. *El Proceso ideológico de la Independencia*. Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1974.

8 Mensaje del Presidente Constitucional del Estado Soberano de Bolívar... en: *Gaceta Oficial del Estado de Bolívar*. Cartagena, septiembre 1° de 1867. En abril de 1870 fueron arrestados varios artesanos cartageneros acusados de preparar una rebelión armada contra el gobierno seccional del general Ramón Santodomingo Vila; seis meses después estas personas justificaron su actitud acudiendo a normas constitucionales vigentes, y agregaron: “Nosotros defendemos los derechos populares, y el Poder, tomando los recursos que la sociedad le da para que procure su bienestar, los aplica para esclavizarlo. Encontrando en nosotros un obstáculo para llevar a cabo sus inicuas miras de darse un sucesor, necesario era que nos apresaran... el arte de gobernar consiste en regular las acciones de los hombres dirigiéndolas al bien común... la justicia es la que asegura las garantías de los ciudadanos... una sociedad cuyos jefes y levas no procuran ninguna ventaja a sus miembros, pierde incontestablemente sus derechos sobre ellos... un gobierno que acomete contra los derechos de la Sociedad, pierde... su título a mandarla.” *Gaceta del Estado Soberano de Bolívar Cartagena, 1872.* (Cursivas subrayado nuestras).

aparece como una constante y disfrazado bajo el ropaje de la acusación a los conservadores por haber «traicionado la república». <sup>9</sup> Al temor a esta idea se unía la asimilación por parte de la mayoría de la población de la ideología liberal, la que debido a ciertas circunstancias de la formación sociocultural costeña la predisponía para que muchos sectores encontraran en ella la justificación legal de cierta manera de vivir y de practicar las relaciones con las instituciones estatales. En 1877 el gobernador de la provincia de Cartagena anotó sobre el «estado morab» de la población:

“No hay ciudadano, por ignorante que sea, y por retirado que viva de los grandes centros de población, que no sepa que la Constitución de Rionegro garantiza la inviolabilidad de la vida, la propiedad, la libertad de palabra, el libre uso y comercio de armas, etc., etc.; pero al mismo tiempo, no comprenden, o no quieren comprender, que cada una de sus garantías tiene sus restricciones y límites; ignoran o aparentan ignorar, que esa misma constitución y demás leyes imponen obligaciones y deberes que en lo general no cumplen, y de aquí esa lucha constante de los ciudadanos entre sí, y de estos con las autoridades.”<sup>10</sup>

De parecido tenor es el informe del gobernador de la provincia de El Carmen, en el que acusa que el desorden se debía a la ignorancia de los habitantes que creían que sus libertades eran ilimitadas, a una autoridades indolentes, al «espíritu de círculo» existente en la política, y terminaba pidiendo un «gobierno fuerte» que educara para la vida en sociedad. Por tanto,

introducir un nuevo orden basado en un férreo principio de autoridad conllevaba a despolitizar a la educación y a los estratos bajos, esfuerzo que acaparó todas las energías de los regeneradores, aunque a la larga sus resultados fueran magros.

Dichos esfuerzos no dejan de tener significación para nuestro análisis debido a que por vez primera ponen de presente una actitud por parte del ápice social y de las instituciones frente a la cultura popular y a problemas intelectuales, preocupaciones que habían estado ausente en los periodos anteriores. En parte ello se debió a que el movimiento regenerador abrió espacios para que miembros de la élite participara en política y en la administración pública municipal, desplazando a sectores de artesanos y profesionales de extracción social baja, quienes mantuvieron cierta hegemonía político-administrativa durante el dominio liberal radical. Por eso el desorden que molestaba no era el cotidiano sino el que estaba ligado directamente al ejercicio de la política por parte de profesionales y sectores populares.

En efecto, lo primero que se observa en los personajes más representativos del movimiento regenerador en esta región, formados en algunas doctrinas rígidas desde el punto de vista de la exigencia del orden y aspirando a transformar la sociedad acorde con sus creencias, es que les correspondió vivir en un medio que resalta por la ausencia de fuertes mecanismos de cohesión social, lo que sin duda obstaculizaba tenazmente cualquier pretensión por establecer el orden deseado. Todo parece indicar que el peso de la costumbre los había habituado a convivir en medio del desorden de sus coterráneos, actitud que devenía de su concepción de la sociedad, es decir, la idea tenían de las relaciones entre

9 Al respecto ver muchas de las memorias de excombatientes de la guerra de los Mil días, en especial: Zarante, José D. *Reminiscencias históricas (Recuerdos de un soldado liberal)*. Cartagena, Imp. Departamental, 1933.

los diferentes grupos sociales les permitía consentir ese desbarajuste y dirigir sus exigencias de orden a algunas franjas de la población. Se trataba de una concepción orgánica de la sociedad cuyo fundamento no radica en los individuos autónomos sino la sumatoria de cuerpos, de organismos, de estamentos que tienen sus cabezas visibles y, por tanto, las acciones encaminadas a garantizar el orden deseado se dirigían a éstas. Quien mejor expresó esta idea fue el Arzobispo Pedro A. Brioschi en una pastoral escrita en 1898 dirigida en orden descendente al clero, la administración pública, los prohombres («Sed celosos en las tradiciones religiosas de vuestros antepasados... contribuid con vuestros ejemplos a mejorar las condiciones morales del pueblo»), los artesanos y al pueblo; a los miembros de este último les dice:

“... oh infelices y atribulados hijos del pueblo... heriremos con la punta del báculo el desenfreno de las pasiones y la lobrete de los vicios, y confiado en vuestro criterio y sana voluntad, no dudamos que aceptaréis nuestros paternales avisos, os despojareis del hombre viejo, o apartareis de la peligrosa vía de la perdición que os señala el mundo y os empeñareis seriamente en hacer desaparecer la deshonra del pecado y en procurar el triunfo de la virtud.”<sup>11</sup>

Esta concepción de lo social tuvo dos actores centrales: la iglesia, intentando el proceso de recatolización y el Estado pretendiendo establecer un orden político y social a través de la exclusión política de sus contrincantes a quienes consideraba portadores de una

ideología a la que se le achacaba la causa de todo el caos. Algunos elementos de este proyecto fueron similares a los del resto del país: cerrar las fronteras a toda influencia de corriente del pensamiento que se considerara extraña a nuestras tradiciones (entre ellas el liberalismo), búsqueda de las raíces de la nacionalidad en el hispanismo (idioma, religión, ciertas costumbres, antidemocracia) y construcción de una simbología patria (escudo e himno nacional, panteón de héroes a través de una historiografía académica que abandonó las preocupaciones de los historiadores decimonónicos).

### 1.1 Política, religión e intelectuales

Un medio más propicio para analizar la actitud de los regeneradores frente a la cultura en general y la moderna en particular es la Universidad de Cartagena. Una aclaración se hace indispensable para no caer en errores: desde la época del liberalismo radical en aquella institución enseñaron personas adscritas a los dos partidos tradicionales, situación que no cambió durante la hegemonía conservadora, por lo que no puede imaginarse a unos regeneradores «barriendo» de sus cargos docentes a todos los que se oponían a sus credos (en 1898 regentaban cátedras en la Universidad los liberales Eloy Pareja G., Simón Bossa P. y Pablo J. Bustillo). De hecho, los liberales pudieron continuar divulgando las doctrinas de sus afinidades sin ningún problema, siempre y cuando las ideas no se tradujeran en acciones calificadas en contravía del orden establecido. Este centro educativo, durante el período liberal radical fue epicentro de divulgación de ideas modernas, las que en un medio muy politizado y de creación de espacios de legitimidad para el liberalismo originó procesos de movilidad social favorable para algunos profesionales provenientes de los

11 Archivo Episcopal de Cartagena. Carta pastoral de ilmo Sr. dn. Pedro A. Brioschi al Clero y Pueblo de la Diócesis de Cartagena. Bogotá, Tip. Salesiana, 1898, Pp. 84-86.

estratos bajos de la población. Basta observar que muchos jóvenes, recién graduados en Derecho y Medicina rápidamente eran designados o elegidos para desempeñar cargos públicos de significativa importancia.

Aunque todavía no poseemos una investigación que dé cuenta acerca de qué se leía y cómo se asimilaban las lecturas (en el estilo que lo viene haciendo Roger Chartier para el caso del impacto de la palabra impresa en la Francia moderna), las lecturas de autores liberales estaban al orden del día, al tiempo que también se leía mucha literatura de los románticos franceses. De hecho, el epicentro de la vida intelectual y política regional era la Universidad de Cartagena, por lo que los regeneradores se plantearon la necesidad de controlarla. El control sobre esta institución comenzó a ejercerse con base en el Decreto 403 de 1888 expedido por José Manuel Goenaga, gobernador de Bolívar, el que con base en la Ley 41 de 1887, ordenó que los textos de filosofía y literatura a emplearse en las clases no eran de libre decisión de los catedráticos sino que debían someterse a los dictámenes de la Junta de Inspección de Instrucción; esta Junta también vigilaba los métodos y las doctrinas desarrollados por los profesores, con el fin de «corregir cualquier abuso». Al rector se le encomendó «cuidar que los alumnos observen una conducta y moralidad intachable en todos los actos de la vida, enseñándoles buenos modales y severidad en las costumbres».<sup>12</sup>

El temor a la difusión de ideas que colocara en entredicho la precaria estabilidad lograda con el ascenso de Núñez al poder llevó a profundizar los controles sobre cierto tipo de

lecturas, especialmente las filosóficas y literarias. En este sentido sobresale un decreto expedido en 1894 que prohibió la lectura de ciertas obras por parte de los estudiantes de la Universidad de Cartagena, formando una especie de index de libros censurados, bajo la consideración de:

“Que la lectura de novelas en general, no es conveniente para los jóvenes; que lo es menos la de aquellas que pertenecen a la moderna escuela naturalista, y que las pornográficas no deben ponerse jamás en manos de la juventud.”

En la parte resolutoria dictaminaba la formación de una sección de reserva con esas novelas y con los libros de filosofía contrarios a la doctrina católica, agregando que:

“Queda prohibido en absoluto dar a leer las obras de las dos secciones expresadas arriba, a menores de edad, y a los alumnos de la Universidad o de cualquiera otro establecimiento de educación, aunque sean mayores.

Art. 6: Las personas mayores de edad que no sean estudiantes y que deseen leer obras de las que forman las secciones reservadas de la Biblioteca deben ocurrir a la Gobernación del Departamento en solicitud verbal o escrita, y la Gobernación no accederá a la solicitud, sino en los casos de que se persuada de que el solicitante tiene una solidez de criterio, de conocimientos y costumbres que le pongan a cubierto de los malos efectos de la lectura de la obra que solicita.”<sup>13</sup>

Asimismo, los estatutos que regían la vida de los estudiantes en la Universidad de Cartagena se fueron haciendo cada vez más drásticos,

12 Ver: Ordenanzas expedidas por la Asamblea del Departamento de Bolívar en sus sesiones ordinarias de 1888. Cartagena, Tip. de Antonio Araújo, 1890.

13 Ordenanzas y Resoluciones expedidas por la Asamblea Departamental de Bolívar, 1894. Cartagena, Tip. de A. Araújo, 1895. pp. 257-259.

umentando el número de inspectores y subinspectores (especie de prefectos de disciplina), introduciendo la obligación de asistir a misa, rezar oraciones al inicio de la jornada, castigos corporales y presidio en la misma institución para los contraventores de las normas, suspensiones, expulsiones, etc. Aún a la vuelta de siglo, a Luis C. López, Julio Betancourt Román (poeta que escribió bajo el seudónimo Dimitri Ivanovich), Aquiles Arrieta y José de la Vega Vélez se les intentó sancionar porque en la revista literaria *Líneas* publicaron un artículo en el que se mofaban de los profesores, especialmente de los dos más sobresalientes y pilares del conservatismo: Manuel Dávila Flórez y Luis Patrón Rosano.<sup>14</sup>

Todo los indicios que poseemos nos hacen dudar de la eficacia y permanencia de este control por la ausencia de continuidad en los planes gubernamentales. En efecto, en 1911 fue nombrado rector de la Universidad Antonio José de Irisarri, quien en informe datado ese mismo año señala que su primer objetivo fue el de restablecer el orden y la disciplina severa, procediendo a uniformar a los estudiantes internos y llevando un relación sobre la conducta de la población estudiantil, concluyendo que el gobierno, antes que dedicarse a difundir la enseñanza de las ciencias, debía preocuparse por el «perfeccionamiento moral si aspira a impulsar al país por las vías del progreso saludablemente entendido y para ello tengo en cuenta la superioridad y preeminencia de las facultades morales del hombre sobre las físicas e intelectuales».<sup>15</sup> Esa discontinuidad se manifiesta en otros hechos; por ejemplo, una medida que reglamentó la prostitución

expedida por la administración de J. F. Vélez en 1894, al poco rato fue olvidada y cuando la restableció el general Juan B. Aycardi, el periódico *El Porvenir* lo felicitaba al revivir disposiciones que habían regido «... durante la administración Vélez sobre mujeres públicas y casas de tolerancia... [agregando que] La sociedad cartagenera aplaudirá ... al general Aycardi si se apresura a darle un feliz año nuevo resucitando aquellas disposiciones». Si era difícil controlar esta práctica que dejaba en entredicho a la «moralidad pública» por la presencia de fámulas en cualquier sitio de la ciudad vendiendo sus favores a jóvenes y viejos, es de suponerse que otras medidas dirigidas a vigilar los comportamientos colectivos y las inclinaciones intelectuales también carecieron de solidez y de drasticidad en su aplicación.

A más de ello, los intentos para controlar el pensamiento se vieron contrarrestados por la libertad comercial que permitía a las librerías vender las obras prohibidas. De ahí que no se presten a duda las denuncias realizadas en 1897 por los conservadores históricos sobre lo que llamaban la «existencia de tendencias positivistas entre los estudiantes» de la Universidad, sospecha confirmada por la respuesta del rector de dicha institución al decir que él no podía conocer las «inclinaciones morales e ideas religiosas de los alumnos...».<sup>16</sup> Además, un elemento que desvertebraba los intentos de control cultural sobre los intelectuales de Cartagena fueron los viajes que algunos de estos hicieron al extranjero,

14 Ver: Vega, Fernando de la. *A Través de mi Lupa*. Bucaramanga, Imp. Departamental, 1951. Pp. 138-139.

15 IRISARRI, Antonio de. *Informe del Rector de la Universidad de Cartagena*, en: *Mensaje del Gobernador del Departamento de Bolívar a la Asamblea Departamental en sus sesiones de 1911*. Cartagena, Tip. de Araújo, 1911.

16 *El Porvenir*. Cartagena, diciembre 29 de 1898. **Registro de Bolívar**. Cartagena, julio 29 de 1897. Esta división del conservatismo entre históricos y nacionalistas (representados en la Universidad por las figuras de Luis Patrón R. y Manuel Dávila F. respectivamente) abrió espacios aprovechados por los jóvenes liberales para desarrollar cierto proselitismo; verbigracia, muchos de ellos conocieron a Federico Nietzsche gracias a que Patrón R. lo citaba en sus enfrentamientos con M. Dávila F. Ver: ROMERO AGUIRRE, Alfonso. **Confesiones de un aprendiz de estadista**. Cartagena, Tip. El Mercurio, 1938.



entrando en contacto, la mayor de las veces epidérmico, con manifestaciones culturales de países que estaban a la vanguardia de la cultura occidental. Tal fue el caso de Pedro Vélez Racero (1859-1909), quien al igual que Ernesto O. Palacio, viajó en sus años juveniles por los Estados Unidos y Europa. Los biógrafos del primero nos lo presentan como un hombre de vida intensa, llena de emociones y sensualidad. Las cartas de amor que citan nos presentan a este poeta como un hombre desgarrado por las encrucijadas planteadas por una voluptuosidad propia de los habitantes del Caribe y de quien ha viajado y el medio cultural de la élite de la que formó parte, lleno de exigencia de autocontroles sobre las pasiones. En una de sus cartas a la mujer amada dice:

«Hace mucho tiempo que me hastía todo en la vida... pedía al cielo o al infierno con que llenar ese espantoso vacío, que era mi desgracia; me sentía joven, pleno de vida y de ánimo varonil, capaz de cosas nobles, con un inmenso raudal de ternura en mi pecho, sin objeto en que emplearse...».<sup>17</sup>

Ese desgarramiento, que dibuja línderos que están más allá de los pasional, radicado en el centro de una vida que se siente abrumada por el medio, al tener que cumplir roles que tienden a perpetuarlo dado la posición social y política de quien la vive, sólo se supera en la pasión, en la intimidad, en el acto que no trasciende a lo público y que por tanto no cuestiona el orden. Pero fue un desgarramiento que terminó consumiéndolo.

Según el mencionado decreto la filosofía y la

literatura fueron los frentes intelectuales que ocuparon la atención de los regeneradores, pues pensaban que sus expresiones modernas hacían daño entre la juventud. Aunque fueron argumentos en los que se esgrimieron ideas filosóficas y artísticas vulgarizadas, no por ello dejaron de producir consecuencias -o al menos intentaron hacerlo- entre las jóvenes generaciones de intelectuales que se educaban. En el campo de la filosofía rechazaban las consecuencias políticas, religiosas y sociales de la Ilustración, y del positivismo su exaltación del evolucionismo visto como atentatorio contra los fundamentos del catolicismo. Esto no dejaba de ser una novedad en el medio intelectual de Cartagena, pues aparte del cartagenero Manuel María Madieto, intelectual prolífico adscrito al conservatismo, quien desarrolló su obra en el ambiente cultural de Bogotá, ningún otro intelectual de la región se había ocupado del tema de la religión hasta que, en 1872, a raíz de la llegada a Cartagena de la misión pedagógica alemana, el problema religioso salió a relucir como tema de debate público, aflorando en las discusiones sus aspectos filosóficos.<sup>18</sup>

Este tipo de mentalidad explica el que el período de la regeneración esté marcado por la censura de prensa, exacerbada en los momentos en que la vida institucional se sentía en entredicho; pero la censura también se ejerció en el campo de las ideas artísticas, literarias y filosóficas hasta tal punto que de todos los periódicos, libros y revistas que llegaban a las oficinas de la gobernación, sólo sobrevivieron las publicaciones adictas al

17 Ver: Vélez R., Pedro. Op. Cit. P. 33. Fue esa misma contradicción la que le tocó vivir a R. Núñez a quienes sus biógrafos le reconocen tres mujeres, voluptuosidad que los «guardianes de la memoria» del regenerador se vieron obligados a borrar por medio de la leyenda que construyeron alrededor de su amor con Soledad Román, casi que levantado exclusivamente en torno al poder.

18 Ver: El Faro. Cartagena, febrero 1° de 1873. Sobre la actividad de J. F. Vélez para reorganizar al conservatismo seguimos muy de cerca de Quiroz, Patricia. Manuel Dávila Flórez y la construcción de la hegemonía conservadora en Bolívar. Cartagena, 1998. (Tesis para optar al título de historiadora).

gobierno o las que este consideraba inofensivas. Además, no hallamos durante los años 1886-1899 un intelectual de nombradía desafecto al gobierno y mucho menos de origen humilde (muchos de estos dedicados al oficio de la tipografía) que descuelle, y quienes sobresalieron tuvieron que irse al extranjero, como fue el caso de Juan Coronel G. (1868-1904) y Pedro Sonderegger, al considerar que el ambiente local era asfixiante.<sup>19</sup>

## 2. Regeneración, Literatura y Controles.

La idea de que «la lectura de novelas en general no es conveniente para los jóvenes»<sup>20</sup>, lleva consigo una concepción acerca de la madurez mental, tanto en el plano psíquico como en el moral, del hombre y, asimismo, una manera de percibir a la juventud. ¿Por qué se consideraba a la novela, forma clásica de la literatura moderna, como algo peligroso?. Para algunos regeneradores esto tiene que ver directamente con unos fundamentos de carácter religioso: la madurez psíquica y moral la determinaba la combinación de la mayoría de edad con la introyección de la moral católica, única capaz de permitir al hombre ajustar sus actos a unos preceptos morales que devienen de una especie de «comunidad sagrada» integrada por los creyentes que compaginan sus procederres a los socialmente aceptado por los demás

practicantes del mismo credo. Desde esta óptica, no solamente eran inmaduros los jóvenes sino que también lo eran amplios sectores de la población de baja condición, considerados no aptos moralmente para discernir por sí solos entre el bien y el mal. Desde esta óptica se creía que la incapacidad moral los sumía en una especie de vida indolente, dominada por las pasiones, la que los llevaba a regir sus procederres por el dictado de los instintos. Educar, por tanto, era enseñar al joven a interiorizar los valores morales católicos, concebidos estos como un catálogo de permisiones y prohibiciones, de procederres virtuosos y pecaminosos que requerían saber diferenciarlos para ser ecuánime y justo. Por tanto, se pensaba que la lecturas de novelas entre los jóvenes era una «influencia perniciosas», dado que en esa fase de la vida en que las pasiones no se dominan y que no logra distinguirse claramente entre el bien y el mal, podía llevarlos a procederres que desafiaran o se colocaran en contravía con las conductas socialmente aceptadas, entendiendo por estas, las practicadas por las élites y por algunos sectores intermedios de la población.

Otra idea implícita en la mencionada prohibición consideraba a la novela en general, y a las naturalistas en particular, como «perniciosas» para la formación de las almas virtuosas. Esta no fue una idea del patrimonio exclusivo de los regeneradores de Cartagena, pues desde mediados del siglo XIX José Eusebio Caro, fundador del conservatismo y padre de Miguel A. Caro, ya la había expresado en carta dirigida al caudillo Julio Arboleda. Para los partidarios de este credo político, estrechamente ligado a la doctrina católica, la novela como expresión de la literatura moderna era producto de la ficción, de la libre creación del escritor, y en ello veían una manifestación del racionalismo secular o del irracionalismo de las pasiones que tanto

19 Ver la autobiografía de Juan Coronel. *Un Peregrino*. Cartagena, Dirección de Educación Pública de Bolívar, 1944 (1ª ed.: Guatemala, 1895). También ver: Gómez Olacigueri, Aureliano. *El Periodista Juan Coronel. Biografía*. Barranquilla, Imp. Departamental, 1962.

20 En informe que J. E. Vélez rendía al Ministro de Instrucción Pública decía al respecto: «Se ha reorganizado la Biblioteca, formando dos secciones reservadas con obras malas que había, y oportunamente emplearánse los mil pesos votados presupuesto para completar obras nacionales y formar colecciones de novelas sanas y obras sanas filosofía». *El Correo de Bolívar*. Cartagena, noviembre 18 de 1895. (Las cursivas son nuestras).

detestaban. Como contrapartida se declararon partidarios de la lírica y de las obras costumbristas que buscaban retratar la verdad, sin recurrir a los artificios de la ficción, idea esta que también había sido rubricada por José María Samper en su etapa liberal. De esta apreciación devenía el considerar a la novela como algo «ofensivo y dañino» pues sembraba la duda y daba malos ejemplos.<sup>21</sup>

Los controles del pensamiento que establecieron estos regeneradores no operaron mediante la represión directa. Los catálogos de la prensa decimonónica que reposa en las bibliotecas Nacional y Luis Angel Arango, como también en la Hemeroteca de la Universidad de Antioquia, ponen de presente la existencia en la Costa de publicaciones periódicas consagradas a la literatura. De hecho, el ejercicio de la escritura artística no afrontaba los mismos problemas que el discurso político escrito, poseyendo un mayor margen de libertad. Sin embargo, los controles no estuvieron ausentes y operaban en otros niveles: por medio de la exclusión, del señalamiento, del calificativo, especialmente contra las corrientes contrarias a las consideradas «sanas», lo que de hecho es una forma de ejercer el poder. También el predominio generacional de los viejos sobre los jóvenes escritores, a través de un reconocimiento social de la autoridad del intelectual entrado en años, coadyuvaba a controlar y a marginar.

Pero por encima de todo, existía una especie de descalificación del trabajo del escritor de ficción al considerarlo propio de ociosos, lo que también lo marginaba. Toda la reacción de los noveles escritores (exitosos o fracasados) de comienzos del siglo XX contra las actitudes «burguesas», vistas como de apego a lo material y desapego de lo intelectual, refleja la lucha de quienes se sentían atraídos por las artes. De ahí que no sólo se trata de una sociedad que, debido al escaso desarrollo intelectual y de la división del trabajo, aún no había aprendido a valorar al escritor, pues en ello también estaba implícito el ejercicio de un poder represivo contra el acto creador más libre que puede desarrollar el hombre: el de la ficción. Un joven de comienzos del siglo lo expresó de la siguiente manera:

“El vocablo literatura es sinónimo de pobreza entre nosotros. El trabajo intelectual no tiene aquí valor alguno, se le cree holgazanería... Son las ciencias aquí planta parásita, las letras boleta de entrada a los hospicios y hospitales, y sarcasmo de la gente aristocrática... El sabio pide limosna, el literato hambrea, el poeta se muere de infortunio, el pintor mendiga, el músico vive en indigencia eterna, y todo el que siente la chispa del ingenio en el cerebro, es en el concepto general, holgazán, perezoso, inepto, nada.”<sup>22</sup>

Pero la queja también era el reflejo de una realidad sociocultural adversa para la erección del oficio del escritor a la condición de una profesión independiente; la inexistencia de una

21 Ver: Jiménez Panesso, David. **Fin de siglo, decadencia y modernidad.** Santafé de Bogotá, Coed. Universidad Nacional-Instituto Colombiano de Cultura, 1996 e **Historias de la Crítica literaria en Colombia.** Santafé de Bogotá, Coed. Universidad Nacional-Instituto Colombiano de Cultura, 1992. También consultar: Gómez Ocampo, Gilberto. **Entre María y La Vorágine: La literatura finisecular (1886-1903).** Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1988 y WILLIAMS, Raymond. **Novela y Poder en Colombia 1844-1987.** Bogotá, Tercer Mundo Eds., 1991.

22 *Por las letras patrias*, en: **La Juventud.** Cartagena, junio 1º de 1901. Fue Daniel Lemaitre el único caso que combinó la actividad empresarial con las artes y ello siempre fue causa de asombro en Cartagena. Ver al respecto el epílogo de Benjamín Moreno T. a la primera edición de **Corralitos de Piedra.** Cartagena, Tip. Mogollón, 1936; de D. Lemaitre también ver: **Realidades**, en: **El Album.** Cartagena, diciembre 8 de 1901.

industria editorial (no es casual que la mayoría de los mejores escritores decimonónicos hayan editados sus libros en el extranjero) que produjera y comercializara los textos, era expresión de una realidad mucho más profunda y agobiante: la falta de una universalización de la educación que se expresa no tanto en una mayor cobertura de la tasa de alfabetismo sino en la no creación de una opinión pública libre, crítica, desacralizada.<sup>23</sup> De ahí que la creación literaria, más que expresarse a través de revistas especializadas o libros, lo hiciera por medio de periódicos partidistas pues eran estos los que más atraían la atención en una sociedad muy politizada como era la colombiana del siglo XIX.

#### **Período finisecular y los nuevos intelectuales**

A su regreso de Europa el pensamiento de Núñez se caracterizaba por un eclecticismo entre el positivismo filosófico y el espiritualismo teosófico, entendido este como una búsqueda de lo interior del hombre. Su evolución sobre el tema lírico en buena medida estuvo determinada por su interés en dar con los mecanismos internos en la conciencia del hombre que ayudaran al desarrollo de la autodisciplina, el ejercicio de la voluntad, el cultivo del carácter. Toda su admiración por la sociedad y cultura inglesa, expuesta en sus Ensayos de Crítica Social de 1874, de alguna u otra manera giraba alrededor de la disciplina que había permitido a los británicos alcanzar el nivel de desarrollo

y la estabilidad institucional que disfrutaban, lo que contrastaba con la realidad colombiana.<sup>24</sup>

De ahí su incesante búsqueda de las herramientas que favorecieran la autodisciplina y el orden en nuestro medio, y por tanto, su crítica a la experiencia del liberalismo radical que había centrado sus esperanzas para la construcción de un nuevo hombre, el ciudadano, en la universalización de la educación. En un artículo escrito en 1893, en el que celebra la aparición de las obras *Un Hombre de Hoy* del inglés Rabusson y *El Discípulo* del francés Paul Bourguet, pide atención extrema sobre los aspectos de la ética y la metafísica, rechazando la idea de Herbert Spencer y Berthelot, quienes creían que las ciencias modelaban el carácter del hombre:

“Se está demasiado dispuesto a creer que es la razón la que guía la vida moral... No, la ciencia no da la dignidad, no inculca la virtud: hace sabios, más no forma hombres... No es la ignorancia la que constituye la gran dolencia de nuestra época, pues se hubiera visto al progreso moral ir a la par con el progreso intelectual. Es la impotencia. No es la cabeza lo que está enferma, sino el brazo del alma que se llama voluntad... Sin embargo, el error ha dado sus frutos. Independizado de la religión y dejándose persuadir de que la instrucción supliría como dirección moral, el hombre moderno ha sido

23 Ver: Gutiérrez, Girardot, Rafael. *Tres revistas colombianas de fin de siglo*, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá, Biblioteca Luis Angel Arango, 1991. N° 27. De este mismo autor ver: *Modernismos. Supuestos Históricos y Culturales*. Bogotá, F. C. E., 1988. Sobre este mismo tema ver: Rama, Angel. *Rubén Darío y el Modernismo*. Caracas, Alfagil Eds., 1985. Pp. 8 y ss.

24 Ver los sugestivos artículos de Martínez, Frédéric. *En busca del Estado importado: de los radicales a la Regeneración*, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1996. N° 23 y *En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894)*, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Santafé de Bogotá, Biblioteca Luis Angel Arango, 1995. N° 39.

entregado... a todas las pasiones: el interés o el orgullo y siempre la sensualidad, se han apoderado de su vida."<sup>25</sup>

También sus notas sociológicas exponen la necesidad de educar el carácter colectivo; comparando la obra de Maistre, Darwin y Taine, reconoce la intervención de la providencia en los asuntos humanos y rechaza el libre albedrío a ultranzas, pero sin caer en esa especie de misticismo que criticó en la literatura rusa, que hacía del hombre un ser impotente frente a las circunstancias. Al final de su vida su preferencia por el romanticismo sobre el simbolismo y el modernismo, se debió a que creyó hallar en él esa fuerza interior, esa pasión y el carácter que consideraba necesarios desarrollar en nuestro medio.<sup>26</sup> No es que Núñez se cerrara a cualquier otra posibilidad de la lírica, pero su realismo era de tal tenacidad que pensaba que la literatura debía ir aparejada con el nivel de desarrollo de los pueblos, por lo que no le era difícil suscribir la idea de que «El romanticismo es el arte de ofrecer a los pueblos obras literarias que en el estado actual de su modo de ser sean susceptibles de proporcionarles el mayor placer» de Stendhal, citada en su artículo Románticos y decadentes. En este mismo artículo dice que «Los decadentes son inferiores como obreros de la grandeza del país [se refiere a Francia] por lo mismo que parecen haber perdido la fe y la alegría», pero cree encontrar en ellos cierta búsqueda de lo interior y en ese sentido los asimila a una especie de

neorromanticismo. Años después, el ensayista Rafael Maya, admirador de la obra de Núñez, expresaría igual pensamiento al considerar que la pérdida de la métrica reflejaba un espíritu colectivo atribulado, carente de orden, y al plantear la necesidad de recuperarla concluye: «... la ortodoxia métrica significará la aceptación, por una vez más, de los fundamentos clásicos del espíritu y de las bases de la justicia, libertad, orden y jerarquía en que han descansado siempre las sociedades».<sup>27</sup>

Pero no se trataba de un romanticismo igual que el desarrollado por los franceses e ingleses en quienes sobresale una exaltación del yo, de la soberanía interior, y por tanto la búsqueda de las diferenciaciones; en el caso colombiano, al proponerse al romanticismo como la tendencia literaria acorde con nuestro grado de desarrollo lo que tendió a exaltarse, más que las diferenciaciones del yo, fue lo que unificaba, lo que se consideraba que tendía a crear una nueva:

«alma nacional.. haciendo de individuo y creencia un solo ente que no puede situarse en posesión de libertad alguna, pues está poseído o su interior está determinado por la fórmula y la forma de una fe... Esta misma creencia religiosa impondría al poeta la menos romántica de las posturas: la ejemplaridad, prefigurando su vida como modelo a su comunidad».<sup>28</sup>

Ya en 1888 había publicado un artículo en el que rubricó una idea de Miguel A. Caro: «No

25 *Bibliografía. Dos nuevos romances*, en: El Porvenir. Cartagena, abril 27 de 1893. *Ensayos de Crítica Social*. Cartagena, Facultad de Ciencias Humanas-Universidad de Cartagena, 1994.

26 Ver: *La literatura rusa y Románticos y decadentes*, en: NÚÑEZ, Rafael. *Los Mejores artículos políticos*. Bogotá, Biblioteca Aldeana de Colombia, 1936. También ver: *Revolución literaria. Fin de siglo. Crítica literaria. La reacción fin de siglo*, en: *La Reforma Política en Colombia*. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946. Tomos IV y V.

27 Maya, Rafael. *Consideraciones Críticas sobre la Literatura Colombiana*. Bogotá, Librería Voluntad, 1944. P. 80.

28 García Maffla, Jaime. *La poesía romántica en Colombia*, en: *Manual de Literatura Colombiana*. Bogotá, Coed. Procultura-Planeta, 1988. Tomo I. Pp. 274-275. Las diferencias entre el romanticismo latinoamericano de buena parte del siglo XIX con el de finales del mismo aparece ilustrada en: Rama, Angel. *Op. Cit.* Pp. 5 y ss.

aceptamos como poesía verdadera... sino lo que se confunde con la religión, aspirando a lo infinito, en cualquier forma»; aunque el concepto de religión en él era diferente al catolicismo ultramontano reivindicado por Caro, en un contexto cultural internacional de reacción contra los postulados de la ilustración y sus implicaciones en todas las esferas de la creación humana, sus afirmaciones sobre el quehacer literario y poético y sus relaciones con la religión no dejan de poseer una base espiritualista muy en boga por entonces. En artículo que publicó en 1893 celebraba el tránsito del realismo literario-representado por el naturalismo-a la búsqueda del misterio y de lo intangible, expresada en Dostoievski y Tolstoi.<sup>29</sup>

El pensamiento de Núñez sobre estos temas literarios, a los que siempre vió muy ligados a la formación de una especie de cultura nacional y a los problemas políticos, no dejó de influir en el medio cultural de la región. Todo parece señalar que, mientras Núñez estuvo vivo, su influencia en Cartagena y en Bolívar fue determinante, por lo que sus ideas acerca de la lírica expuestas en varios artículos escritos entre 1892 y 1894, se tuvieron en cuenta por quienes estaban a su alrededor.

La tendencia predominante durante estos años fue el romanticismo, representado a nivel doctrinal en la costa por Ernesto O. Palacio (Barranquilla, 1870-1912) quién a su vez fue el guardián de una especie de literatura «oficial» como puede observarse en la cantidad

de artículos que publicó en El Porvenir, descalificatorios de los parámetros estéticos que estuvieran por fuera de sus inclinaciones<sup>30</sup>. Fue tal el peso de este joven intelectual, quien había vivido en Francia, que en los últimos años de Núñez, ya cansado y decepcionado éste de los temas políticos y gustoso de los literarios, se convirtió en su interlocutor favorito, como lo contó años más tarde Soledad Román. En 1893 Palacio, a propósito del libro Elementos de Pedagogía de los antioqueños Luis y Martín Restrepo Mejía, criticó al racionalismo por su ineptitud para formar el carácter, concluyendo que «... la educación cristiana forma las costumbres domésticas, inspira las virtudes sociales...». Frente a una crítica hecha por jóvenes escritores barranquilleros a la poesía de Núñez y de Rafael Pombo, Palacio anota la presencia de simbolistas y modernistas en esta región, criticándoles sus pretensiones de aparecer «como el espíritu de la época», no porque rechace cualquier posibilidad de innovación, sino porque, siguiendo la idea procesal de Núñez sobre la lírica, pensaba que no se podía pretender:

«... desviar la natural corriente del siglo... Pretender que el señor Núñez y el señor Pombo son reyes caídos, es tener pervertido el gusto literario... Naturalezas revolucionarias y demagógicas son esas que no se contentan con

29 Núñez, Rafael. *Poesía*, en: *La Nación*. Bogotá, julio 17 de 1888, y *La nueva literatura*, en: *El Porvenir*. Cartagena, diciembre 14 de 1893. Citados en: Jiménez P., David. *Historia de la Crítica Literaria en Colombia*. Pp. 54-55. También ver los artículos, a todas luces escritos por Núñez: *La poesía en Francia*, Hipólito Taine, *Bibliografía*. *Dos nuevos romances*, *Los cientoventa sonetos de Heredia* y *Sociología*, en: *EL PORVENIR*. Cartagena, marzo 23, abril 27, mayo 4 y 14 de 1893.

30 Algunos intelectuales que le precedieron continúan con sus dispersas en periódicos o inédita. Sólo conocemos la ya citada de P. Vélez R., Ricardo Vélez R. (*Selecciones de Versos*. Cartagena, 1925), algunas piezas de teatro de José M. Royo (Ver: Hernández, Carlos (comp.) *Teatro Colombiano en el siglo XIX de Costumbres y Comedias*. Santafé de Bogotá, Tres Culturas Eds., 1989; Orejuela, Héctor (comp.). *Bibliografía del Teatro Colombiano*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974), la poesía de E. O. Palacio (*Matices*. Barranquilla, Tip. El Comercio, 1903), los libros educativos de D. H. Araujo y de Eduardo Gutiérrez de Piñeres. Una antología que comprende poemas de algunos de los cartageneros aquí citados en: VILLEGAS ANGEL, Camilo (Pbro.). *Antología Poética de Cartagena*. Cartagena, Ed. Atlántica, 1946. (1ª ed.: 1937).



*el presente y pretenden adelantarse al tiempo... La nueva escuela condena sin estudiar. No crea, sino destruye. Si tuviera pies y cabeza sería una comuna literaria.*<sup>31</sup>

Sin embargo, para comienzos del siglo XX la imagen omnipotente de Núñez comenzó a deteriorarse entre algunos sectores siendo ya posible expresar criticarlo a pesar de existir un ejército de los «guardianes de la buena memoria», lo que era síntoma de que algo estaba cambiando, o que algo que había permanecido soterrado comenzaba a aflorar. En la obra de Juan Coronel, mulato radical, se encuentra la primera crítica política local a Núñez. Años después, en 1925, otro joven radical y mulato, Alfonso Romero Aguirre, a los 18 años de edad, publicó un folleto titulado

Historia de la Regeneración, en el que atacaba la figura de Núñez haciendo eco a las críticas del liberalismo radical de finales del siglo XIX Vargas Vila, Juan de Dios Uribe, Justo Arosemena, Antonio José Uribe y otros, folleto que suscitó las respuestas de Fernando de la Vega y otros. «Escribir y publicar en Cartagena y en esa época... un libro contra Núñez [por] un muchacho sin respaldo, era enorme audacia», recordaría A. Romero en la segunda edición. Estas críticas no eran casos aislados en Cartagena pues F. de la Vega, conservador doctrinario, en prólogo que escribió para un libro de Luis A. Múnica decía que este, en sus años mozos había sido un liberal radical que, «Recibió en herencia, por que así corría por la calle y en los mentideros de la política, el odio sañudo al recuerdo de Núñez. El cuentecito de la «traición del 85» había cogido mucho auge de tanto repetirse, en el ánimo de las generaciones nuevas, que hablaban de oídas, que gesticulaban sin discurrir...»<sup>32</sup>

<sup>31</sup> *Un nuevo libro y literatura*, en: EL PORVENIR. Cartagena, mayo 11 y 28 de 1893. Sobre las relaciones de este personaje con Núñez ver las declaraciones de Soledad Román aparecidas en EL PORVENIR. Cartagena, agosto 23 y septiembre 18 de 1924; también ver: PALACIO, J. H. Op. Cit.

A esto se sumó el que desde finales del siglo XIX se dieron voces de disenso con relación a los patrones literarios predominantes durante la Regeneración, como fue el caso de Luis Carlos López, quien en 1899, a la edad de 20 años, conjuntamente con Jorge E. Díaz, publicó el periódico Rojo y Azul cuyo primer editorial lo presentaba como el «... vocero y representante de nuestra literatura regional que tan desconocida está...»; pidiendo a renglón seguido la sumatoria de fuerzas entre las jóvenes generaciones de escritores para «... declarar la guerra abierta a esa política de aridez, a la escolástica, empuñar la pluma para revivir el verbo de «el siglo de las letras», el cual estaba llamado a desterrar del medio cultural cartagenero las imitaciones de los poetas franceses (clara referencia a los románticos), indicando que era mejor imitar a los españoles del siglo de Oro, poetas en los que algunos analistas de la obra de L. C. López creen hallar una de sus raíces.<sup>32</sup>

32 La primera crítica estrictamente literaria a la poesía de Núñez la hizo, en 1888 (insistiendo en ella en 1944), Sanín Cano, Baldomero. *Escritos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977. Pp. 41-64 y 413-414. *Historias de la Regeneración*. Cartagena, Tip. El Liberal, 1925, (reeditado, con algunas reformas, en 1947 en el volumen Ayer, Hoy y Mañana del Liberalismo Colombiano. Bogotá, Ed. Iqueima, 1947 y Múnera, Luis A. Bolívar en Boyacá. Cartagena, Ed. Bolívar, 1960. (3ª ed)

33 Ver: Rojo y Azul. Cartagena, abril 30 de 1899 (cursivas nuestras). Citado en: Pinzón López, Marcela. *Historias del Periodismo en Cartagena*. Bogotá, Universidad Javeriana, 1968. (Tesis de grado). En 1898 Eduardo Ortega (personaje que se movía entre la Gruta Simbólica de Bogotá y la Costa), Pablo J. del Real y Fernando E. Baena publicaron en Barranquilla la Revista Literaria. *Registros de Bolívar*. Cartagena, abril 9 de 1898. Una breve referencia a quienes escribieron en esta revista en: Marriaga, Rafael (comp.). *10 Poetas del Atlántico*. Barranquilla, Ed. Arte, 1950. Pp. 14-15. Ortega se caracterizó por ser un intelectual iconoclasta, director del periódico barranquillero liberal-radical Rigoletto; muestra de su talento es el siguiente poema: «Pienso cuando estoy fumando/ Que todos vamos al trote/ Y que el mundo es un chicote/ Que ya se nos va acabando./ Si en el momento nefando/ Dios me llega a preguntar:/ ¿Quiere usted resucitar?/ Le diré echándole humo:/ Mil gracias, señor,

Aunque las fuentes desafortunadamente son precarias, los datos existentes permiten inferir que, durante el tránsito de siglo se fue formando un grupo de jóvenes intelectuales atraídos por la literatura, quienes con contadas excepciones, valieron más por los manifiestos que lanzaron en los que desafiaban las formas oficiales de pensar que por la seriedad y actualización de sus convicciones artísticas. No había culminado la guerra de los Mil Días cuando un grupo de jóvenes cartageneros editó el quincenario La Juventud (de corta vida), «órgano de la juventud que avanza y ama el progreso en todas sus manifestaciones», abriendo sus páginas a la crítica de las costumbres sociales imperante en la Ciudad Heroica, exigiendo perseverancia en las obras y decisiones y mayores relaciones y conocimientos con lo que se venía haciendo en el extranjero, a la vez que señalando el menosprecio con que se veía a las personas que se dedicaban a actividades del pensamiento, en especial a la literatura. Jóvenes poetas, como Francisco Cátulo Royo e Isaías Jurado Q. (compañero de L. C. López en el proyecto periodístico La Alborada de 1898), se atrevían a desafiar los controles con «... poesía erótica excomulgada por los preceptistas...»<sup>34</sup>.

no fumo/ Porque acabo de botar». La Juventud. Cartagena, junio 15 de 1901. El mejor análisis literario de la obra de L. C. López es el de Alstrum, James. *La Sátira y la antipoesía de Luis Carlos López*. Bogotá, Banco de la República, 1986. Un análisis socioliterario puede leerse en la presentación de Guillermo Arévalo. Ver: López, Luis C. *Obra Poética*. Bogotá, Banco de la República, 1976. Pp. 17-124.

34 De Jurado es lo que sigue: «Como los giros de la suave brisa/De pliegue en pliegue, perfumada y loca,/Excita mi alma tu genial sonrisa/Que sensaciones de placer provoca./ Tu cuerpo de oriental, blanco, indolente,/A las delicias en su ardor incita;/Tu cuerpo ebúrneo y la mirada ardiente/ Denuncian livianidades de Afrodita. Afectos» Por tu corsé, en: El Album. Cartagena, noviembre 11 de 1901. El desapego con la tradición y de los prohombres puede verse en el siguiente poema de F. C. Royo: «No anhelo mi nombre entre los nombres/De escritores galanos y correctos;/Escribo para ti, sin que los hombres/Tengan nada que ver con mis afectos». Francisco C. Royo, en: La Juventud. Cartagena, septiembre 24 de 1901.



## EL MAGO



Culminando el primer decenio del siglo en curso, L. C. López, a la edad de 31 años publicó, conjuntamente con el barranquillero Manuel Cervera y el curazaleño sefardita Abraham Z. López-Penha, el libro *Varios a Varios* cuyos epígrafes adquieren carácter desafiante: uno tomado de Miguel de Unamuno en el que se critica la ausencia de autonomía individual en las sociedades de provincia y otro, creado por los autores: «El odio provinciano á todo lo que por algo descuella sobre lo corriente y lo vulgar, es una actitud de defensa, una de las formas en que comunmente se traduce el instinto de conservación en las bestias-brutas que componen toda mayoría compacta»<sup>35</sup>.

Esos jóvenes se vieron favorecidos por el agotamiento generacional de quienes mantuvieron la hegemonía cultural y política durante la regeneración, por la disipación propia de la cultura regional, por el resquebrajamiento de los escasos controles sociales y morales que habían intentado mantener aquellos debido al impacto de la guerra de los Mil Días, por la crisis del bipartidismo (o al menos de sus altas

prólogo es del iconoclasta cartagenero Francisco Ramos González, quien al parecer ejerció influencia en la formación intelectual de L. C. López ver: Vega, Fernando de la. *A través de mi lupa*. Bucaramanga, Imp. Departamental, 1951. Pp. 136-137. Sobre A. Z. López-P. Ver: BACCA, Ramón I. *Abraham Z. López-Penha, ese desconocido*, en: *Huellas*. Barranquilla, Universidad del Norte, 1988. N° 22; ver su reciente trabajo *Escribir en barranquilla*. Barranquilla, Eds. Uninorte, 1998.

35 *Varios a Varios*. Madrid, Librería de Pueyo, 1910. El

direcciones) que trajo como corolario el ascenso de Reyes y de la Unión Republicana. Es la época durante la cual los espíritus del pasado acusaban al Tuerto López de anarquista, ateo y masón. Un escritor cartagenero de comienzos de siglo, cuya obra tiene más valor como documento sociológico que literario, describió a esta joven generación de la siguiente manera:

"Se agita en el seno de esta sociedad una juventud intelectual que ha llamado siempre mi atención. Ella está compuesta de individuos de todas las tendencias y ostenta diversos matices políticos. Unos apellídanse liberales, otros conservadores. Hay quien lleva el rótulo de ateo en contraposición del que hállase en la tabla de valores clasificado como místico. Poetas, cuentistas, panfletarios, periodistas, escritores políticos, prosistas afinagrados; locos de remate, líricos empedernidos, bohemios que no usan melena y vagabundos que se ríen de la vida y de la muerte: he ahí los elementos que integran tal núcleo de almas<sup>36</sup>."

El reclamo de la individualidad del artista entendida como la condición para crear libremente, para romper los esquemas heredados, adquirió fuerza propia y se

generalizó entre los intelectuales del siglo XX. De hecho, toda la poesía del Tuerto López es una reacción contra las tendencias predominantes bajo la Regeneración: el romanticismo y el recién llegado modernismo. El cambio de siglo trajo consigo la afirmación de la naturaleza individual y libre del trabajo estético, lo que significaba un desconocimiento de los controles que se habían querido establecer por parte de algunos regeneradores, quienes, a la vez, no dejan de ser contradictorios. Ese reclamo no sólo sería en el plano literario sino que se haría presente en todas las esferas de la vida social y privada, como lo anotamos a propósito del carnaval y como lo veremos en el caso de los jóvenes empresarios y miembros de la élite a comienzos de la centuria en curso.

La exigencia por una vida más autónoma a nivel individual, o en otros términos, el deseo de parecerse más a la época ecuménica en que se vive que a la de los padres, expresada en el libre desarrollo de las capacidades de cada persona, así como la petición de mayores espacios institucionales por parte de los grupos sociales, marca fuertemente el rápido proceso de secularización y apertura cultural hacia el extranjero que se empezó a escenificar durante los treinta primeros años del siglo XX.

36 Román Trespalcacios, Alberto. **Páginas prohibidas**. Cartagena, 1924. La obra de esa joven generación puede verse en: Esquivia Vásquez, Anibal. **Lienzos Locales**. Cartagena, Dirección de Educación Pública de Bolívar, 1942; Martínez Fajardo, Eustorgio. **Notas Porteñas**. Cartagena, Dirección de Educación Pública de Bolívar, 1943; MANRIQUE, Ramón. **Cartagena y su Gente**.

Cartagena, Ed. Atlántida, 1945; Vargas Prins P. y P. **Críticas y Prosas, filosofía, Literatura e ideas**. Cartagena, Editora Bolívar, 1949; **Historias de «El Bodegón» y la Casa Nacional del Periodista**. Cartagena, Ed. Casanalpe, 1956. También ver la colección incompleta de la revista **El Bodegón (1925-1934)** que reposa en la Biblioteca Bartolomé Calvo de Cartagena.